

piezo, y de todas sus armas para repeler aquellas flechas del asalto espiritual inconsciente que se le clavaban en el pecho y no le permitían vivir en paz con su conciencia y estar satisfecha de sí misma. Todo su empeño en luchar entonces puede con suma facilidad explicarse, por la necesidad que tenía de buscar el vértigo, y, en el vértigo, la indiferencia ó el olvido.

Es indudable la pasión de madame Roland por Buzot, é indudable la correspondencia de Buzot á madame Roland. Esta lo ha revelado en sus memorias auténticas, no cortadas ni recortadas por ningún previo interés y prejuicio. Durante mucho tiempo creyeron sus familiares y amigos que se le hacía un gran servicio á la ilustre dama dejando publicar en las memorias confesiones, como las de Rousseau, peligrosas para los dos sexos, con especialidad para el sexo débil; pero un día el manuscrito íntegro de las Memorias pasó á la Biblioteca Nacional, y en la Biblioteca Nacional pudieron ver todos los curiosos íntegro su texto. Y en el texto se halló la confesión capital de su vida, su exaltado afecto por Buzot. Copiemos al pie de la letra esta confesión escrita para un momento en que madame Roland había decidido suicidarse y á su amante se lo comunica. «Oh, tú, dice, á quien yo no puedo nombrar; tú, que serás bien conocido cuando nos podamos doler juntos de nuestros comunes dolores; tú, hombre honrado por excelencia, pues la más exaltada pasión te permite respetar los linderos de la virtud, ¿te alligirás de verme precediéndote allá, en los eternos lugares, donde podremos amarnos sin pecado y vivir juntos sin posible separación? Allí concluyen las preocupaciones funestas, las intransigencias arbitrarias, los odios feroces, todas las tiranías; por lo cual, mientras tú llegues, yo te aguardaré tomando el necesario reposo tras los innumerables trabajos que me han afligido en este mísero mundo. Quédate aquí: si hay algún asilo para la honradez, demuestra cuán injustos eran tus enemigos al perseguirte y atormentarte. Mas, si el infortunio incansable ata por cualquier modo un enemigo á tu paso, no aguantes que criminal mano mercenaria esgrima sobre tí un asesino puñal: muere libre, como libre has vivido, y que esto último sea la justificación de mi afecto.» Madame Roland confesaba su culpa; mas no decía el nombre de aquel por quien fuera culpada. En el seno de la intimidad lo decían sus amigos; con misterio y con chacota lo decían sus enemigos en todas partes á campana herida; madame Roland lo reservaba con recato y se necesitó que pasara el ala negra de la muerte sobre su frente para revelar tal secreto á la posteridad. Pero en estas revelaciones hay un fenómeno extraño, ante cuya singularidad se detiene maravillada la historia. Esta señora Roland, tan encubridora de la pasión por Buzot, se la reveló á quien parecía que más necesitaba por su bien ignorarla siempre, á su pobre marido. Ya lo hemos dicho antes y lo repetiremos ahora: madame Roland quería tiernamente á su esposo, cual á su padre una buena hija; tanto más cuanto que en Roland brillaba una gran virtud, en cuyas aras sacrificaría la mujer al amante. Y habiendo encontrado este amante, aunque amante del alma, sin haber

su castidad perdido creyó hacedera una cosa imposible: revelarle al esposo la pasión, poseedora única de su alma. Por mucho que madame Roland le dorase la píldora; por muchas protestas que respecto de su virtud hiciera; por muchos testimonios que presentara de su castidad; para el esposo la culpa consistía en la entrega del alma y del pensamiento más que en la entrega del cuerpo y del corazón. Virtuoso hasta la exageración, si caben exageraciones en tal materia; sensible y de una sensibilidad nunca exaltada pero siempre viva; enamorado de su mujer; sintió Roland acerbamente la puñalada hundida en mitad del pecho y no hubo tranquilidad en su hogar desde aquel terrible momento ni le conrió esperanza ninguna de ser feliz tras tan horrible desengaño. Aquella grande alteración en el imperio que Roland creía exclusivo sobre su mujer, le trastornó el seso y lo sumergió en una perdurable melancolía. Su amor propio exacerbó los naturales celos y estos celos exacerbaron las continuas sospechas. Ennegrecióse su imaginación y se endureció su pecho, y como era natural, vivieron los dos esposos, desde aquel día, en apariencia unidos, separados en realidad, so la inmensa pesadumbre de su horrorosa desgracia.

Pocas tragedias mayores guarda la Historia, tan trágica de suyo. Aquel Roland, puro en su patriotismo y recto en sus intenciones, se nos aparece desgraciado en su vida pública, por haber unido en dosis que no se aligaban como debían aligarse, la moral á la política, y más desgraciado todavía en su vida privada, por prescindir de la realidad verdadera y creer cosa fácil á sus virtudes inspirar por la estima y el respeto á una juventud exaltada y ardiente la pasión amorosa por la fiebre de los sentidos sugerida y conservada por un mutuo cambio de sendas emociones, sobre las cuales, una vez desatadas, no ejercen imperio ninguno ni la voluntad ni la conciencia. Madame Roland, discípula de Rousseau, el filósofo de la naturaleza, creía no cometer culpa de ningún género profesando castísimo amor á su amante y profunda estimación á su esposo, dos amigos, pero con el uno amistad semejante á la sentida entre dos personas de un mismo sexo, y con el otro amistad entre hombre y mujer, expuesta de suyo á trocarse con facilidad en amor. Y el amante no era más feliz que el esposo, pues perdido por una mujer que le trastornara el seso, no podía revelar su amor sin exponerse á la crítica y á la censura que tanto le amargaban; jacobino y unitario y robespierista en los primeros albores de su juventud y en los primeros empeños de sus combates, por seguir á esa mujer, se había hecho federal; nacido para una constante comunicación estrecha en el universo y un culto religioso al pensamiento, se vió condenado á luchar con las pasiones más aviesas de los hombres y á vivir en asambleas y entre clubs y fracciones que tanto alejan el cielo y oscurecen el ideal, padeciendo pasión terrible hasta morir errante por las landas de Bretaña, en su fuga y preservación á nubes de asesinos y calumniadores, los cuales á una le acosaban como las jaurias á sus presas, por lo que recurrió, para evitar el cadalso, al suicidio, y dejó de pasto á los animales feroces en las cavernas su cadáver. Sea cualquiera la opinión que profesemos sobre la fuerza

de voluntad en nuestra especie, no podemos desconocer que madame Roland tenía muchos medios de contrastar la suya, si en el descarrío tocaba, y sacar ilesa de todas las tentaciones su virtud. De un origen humilde había subido á las mayores alturas sociales, llegando á reina casi de una escuela ilustre, que le ofrecía y prestaba un homenaje continuo, escudo bastante fuerte contra todo golpe traidor, y preservativo bastante poderoso y eficaz contra todas las asechanzas. Resucitando los tiempos antiguos, presidía un cenáculo, escuela de verdadera filosofía, templo de un gran político, y este ministerio le debió bastar á henchir todo su pensamiento y á ocupar toda su vida. Dentro del hogar doméstico contaba con un esposo que la protegía como un padre y que la honraba con ese honor de la sangre y de la familia, verdadero escudo blasonado por la virtud que ha sustituido á los viejos blasones feudales. Si en la vida privada no atendía con verdadera circunspección al honor de su esposo y de su hija, ¿cómo no atendía en la vida pública tampoco á la conveniencia de no exagerar los resentimientos y los odios? Puede muy bien asegurarse, diga cuanto quiera la fantasía de Lamartine y la pasión de Michelet, que tanta gracia como atesora madame Roland, sus torrentes de sonora elocuencia, su ingenio ático, su lenguaje romano, su estilo magistral, sus conferencias á lo Aspasia, sus diálogos á lo Platón, sus formidables invectivas dañaron á la Gironda con daño irreparable y contribuyeron á su profunda ruina y á su perdurable deshonor, dando á los girondinos apariencias engañosas de traidores, pero apariencias generadoras de fundadísimas sospechas, y empujándolos sin escrúpulo al federalismo, quizás en teoría muy defendible, pero capaz con sus divisiones de perder á Francia cuando Francia y su república necesitaban de una concentración incontrastable y suprema. No hay cosa peor en política que matar á enemigos, alguna vez útiles en la vida, por desahogar una pasión ó satisfacer una venganza. La inteligencia con Dantón lo hubiera salvado todo si á ella no se opondría madame Roland con sus apasionamientos é intransigencia de mujer apasionada y nerviosa. Marat redobló en sus cóleras cuando supo que madame Roland convertía su bodega de subsuelo en un jardín de Epicuro, henchido con toda clase de riqueza, y centro de los epicúreos, dispuestos como los antiguos cortesanos cesáreos á toda clase de vicios. Mas ¿cómo á sus enemigos respetaría, cuando á sus amigos maltrataba? En sus *Memorias* califica sin escrúpulo al sabio Monje de imbécil, y al filósofo Condorcet de cobarde, á Fouchet de hipócrita, dividiendo con estos calificativos á la Gironda, que tanto había menester de la concentración y de la unidad.

Así los muchos enemigos suscitados en torno suyo, la trataban de una manera implacable. En la sesión del quince de Junio, estando madame Roland presa y Roland oculto y Buzot perseguido, toma el diputado Duroy la palabra y dice lo siguiente: «Pertenezco al mismo departamento que Buzot; he trabajado mucho con él, adquiriendo en este trabajo la convicción de que sacrificaría toda la República por satisfacer sus ambiciones. El notado marasmo del antiguo jacobino data del trece de Septiembre último. Por tales días

recibió una carta de la Roland (*rumores*) que me comunicó (*risas*) y en la cual carta la Roland se quejaba de que la municipalidad había lanzado una orden de arresto contra el virtuoso Roland.» Buzot aparecía como el más irritable de los girondinos y todos los convencionales atribuían estas irritaciones á contrariedades de amor. Con estas contrariedades de amor se juntaron muchas contrariedades de política; y la irritación de Buzot subió hasta el paroxismo y la demencia. Ocultos por las sombras nocturnas, una partida de ladrones, armados, compuesta de cuarenta individuos, robaron el guarda-muebles de la corona, subidos por cuerdas colgadas de los faroles y entrando por las ventanas, cuyos cristales rompieron á mansalva. Sorprendidos, escaparon todos á la justicia, y dos solamente cayeron en manos de los guardias. Precipitáronse desde las galerías á la plaza de San Luis cuando se les detuvo. Se les encontraron muchos diamantes en los bolsillos, entre otros una riquísima venera perteneciente al delfín. Pero muchos se perdieron. En la calle de San Florentino encontró cierto criado de casa grande una esmeralda de crecido tamaño. Aunque Pétion era entonces alcalde, nada supo de lo que se tramaba y nada hizo para desbaratarla primero y luego perseguirla. Santerre comandante de la milicia da por toda excusa que al saber el robo, había requerido numerosas fuerzas armadas y cerrado todas las barreras. Tal fechoría de bandidos atribúyela el demagogo á un complot aristocrático. La Convención designó varios comisionados para que redactasen un informe y le instruyeran en todo cuanto sucedió á este respecto. Pero los comisionados se quejaban de no haber podido ver á Roland y Roland se quejaba de que sus invitaciones á proteger con una gran guardia el guarda-muebles habían sido desatendidas y despreciadas. Añadía que contra sus mandatos se había dejado escapar á D'Aubigny, manifiesto ladrón. Además declara con suma sinceridad haber atendido una recomendación de sus colegas para ciertos nombramientos peligrosos y promete no reatenderlas jamás. Estas palabras últimas trascienden á la Historia. El empleado á quien se referían, nombrólo por una recomendación de Dantón. Y estas horribles imputaciones no se quedaban, pãrdiez, sin sus correspondientes consecuencias. Roland creía que Dantón robaba el guarda-muebles y Dantón creía que lo robaba Roland. Para éste los vicios del gran tribuno demandaban muchos y muy cuantiosos gastos. Y para el gran tribuno los demandaba mayores la vanidad teatral de madame Roland explotadora del esposo y del partido suyos. Roland decía que tanto banquete y tanto teatro y tanta partida de campo y tantas cohortes de cortesanos imponían á Dantón dispendios requeridos por él de cualquier parte á precio de la probidad y de la honra. Lo mismo decía Dantón de los gustos y gastos de madame Roland. Cuando tales calumnias despedían los unos sobre los otros, no estaban muy lejos de guillotinarsen los unos á los otros.

Estas luchas entre los verdaderos patriotas, por una consecuencia lógica indeclinable, traían aparejadas las surrecciones de influjos y poderes improvisados, nacidos para des-

organizarlo y perderlo todo. Marat, como cuantos se distinguen, aunque sea por sus crímenes, había suscitado un sistema de asesinato perpetuo, mantenido por Hebert, el cual sistema prearreglado y preconcebido adrede, no tenía la excusa, que en la demencia natural de su autor, tenía el criminal sistema de Marat. El nacimiento triste de este último, su educación siniestra, su paso por los abismos sociales, el menosprecio de los grandes que había bebido en las cuadras de Artois, la mala sangre que le habían hecho los desprecios públicos á sus ciencias múltiples, el fluido eléctrico llevado por la revolución á sus nervios siempre descompuestos, su sangre irritada como la sangre de Tiberio por ponzoñosas partículas, su piel abrasadísima en erupciones perdurables, su demencia nativa que crece con los años, el aplauso de las muchedumbres á sus atrocidades, explican, sino excusan, el ministerio de Marat en la revolución francesa, donde se nos presenta con la guadaña en su mano, con la guillotina en sus pies. Pero los imitadores no tienen semejantes cualidades, en que por tan gran dosis penetra el ineluctable hado con sus pesadas fatalidades. Nada de la sangre, ni nada del temperamento de Marat en Hebert. Todo cuanto el primero tenía de natural, tenía de contrahecho el segundo, quien, deseoso de distinguirse, no podía prometerse de sus cualidades ninguna grandeza que le permitiera subir á las alturas sociales. Para emular con Robespierre se necesitaban historia é inteligencia análogas á las suyas, para emular con Dantón se necesitaba su firme voluntad; para emular con Vergniaud se necesitaba su divina elocuencia, y como estas cualidades y virtudes no se alcanzan fácilmente, sólo podía Hebert emular con Marat en predicaciones exterminadoras y en crímenes horrendos. Cada forma de gobierno trae aparejados sus respectivos excesos y cada exceso trae aparejado sus necesarios castigos. El gobierno de uno solo se pierde por sus propensiones al absolutismo; el gobierno de varios se pierde por sus propensiones á la oligarquía; el gobierno de todos se pierde por la demagogia. Y en la demagogia entró Hebert como en su elemento natural. Hay atmósferas políticas de la misma suerte que hay atmósferas naturales. El animal nacido para respirar en el hidrógeno como los peces, no puede respirar en el oxígeno como nosotros. Hebert había nacido para la demagogia y para lo peor de la demagogia. Los radios del bien resultan muy cortos en el círculo de la vida que se llama buena y honrada y decente; resultan muy largos los radios del mal en la mala vida. Poca potestad para intentar y hacer lo bueno, mucha potestad para intentar y hacer lo malo. Si queréis sacar un substrato del bien que han hecho los buenos y otro substrato del mal que han hecho los malos, ya os convenceréis del mucho mal que se puede hacer aquí en la tierra y del poco bien que hacerse puede. La Edad Media tuvo en esto una intuición soberana, cuando atribuyó todas las principales obras artísticas y científicas del tiempo á la potestad del diablo; y creyó que todos los doctores, como el doctor Fausto, y todos los poetas, como el poeta Dante, necesitaban pasarse por el infierno y someterse á Lucifer, si habían de prestar algún calor á la humanidad y á la

tierra. Tras los constitucionales, tras los girondinos, tras los dantonianos, vinieron por una lógica inflexible los demagogos con la maldita persona del malvado Hebert á su cabeza, Hebert en quien parecen aglomeradas todas las culpas del mundo. Diríase que cada una de las alimañas feroces le había prestado un instinto exterminador: el león su fiebre y su crueldad; el tigre sus felinas uñas; el tiburón sus voracidades; el lobo sus perfidias; la hiena, sus horrores, su ponzoña la víbora, su genio de ruína y destrucción todo cuanto demuele y gasta como un ether mortal el mundo y la vida. Viejo lacayo Hebert, habituadísimo á la inclinación constante de su espina dorsal, inspector de billetes en un teatrito parisién de donde lo echaron por sus infidelidades; en aquel agrietamiento general del suelo y corrupción del aire, que trajeron los miasmas revolucionarios, mirriendo mayores ó menores servicios en la noche del diez de Agosto y en la toma del palacio de las Tullerías, entró por la municipalidad parisién como Pedro por su casa, y sin pedir su voto á nadie y sin aguardar la sanción de nadie, se declaró comunero legítimo por su autoridad propia y por su propio derecho.

Se necesita desempolvar mucho papel para leer el periódico trazado por tan monstruoso aborto de las exageraciones revolucionarias. *El Tío Duchesne* se llamaba, y cada uno de sus números aparecía como una excitación al asesinato y como una deliberada y consciente apología del degüello en Septiembre tan funesto á la República. Hebert crecido en los abismos, donde reinaban el silencio y la muerte, halló aire y luz en la revolución: aire de huracán y luz de relámpago. Habló en los clubs, conspiró en las sombras, vociferó en las calles, asaltó las Tullerías, bañó su cuerpo en la sangre de Septiembre, subió á la dictadura en alas de su audacia y se asentó en la municipalidad, arrastrado allí por el oleaje de la más terrible anarquía. El blanco de sus iras fué la Gironda; y, en la Gironda, el blanco de sus iras fué madame Roland. La Gironda se defendió tan tibiamente contra él como se defendiera contra todos sus enemigos; pues, sabiendo defenderse con suma palabra, no sabía ofender con actos enérgicos á sus contrarios, cuyos vicios así desarraigaban la Gironda como destruían la república. Cuando tuvo mayoría en el parlamento é influjo en el gobierno lo mandó prender, y luego lo mandó soltar. En esta prisión y suelta, la Gironda se quebrantó y se fortificó Hebert. Así, el infame libelo suyo, cruel, brutal, desvergonzado, pornográfico, propio de un bufón, por un esbirro completado, creció en el arte de hacer mal y cosechó grande número de cabezas, pedidas y conmemoradas en sus columnas, como los jefes árabes del desierto cuelgan de las almenas en sus alcázares las cabezas de sus enemigos. No pueden dar crédito los ojos á las licencias y á las porquerías publicadas por *El Tío Duchesne*. Y en el combate con los girondinos á sí propio se aventaja y atrás deja todos anteriores libelos. Extractemos algo, y, por brevedad, digamos que todas las líneas subsiguientes han sido copiadas de *El Duchesne*: «Al concluir el año terrible, ó sea noventa y tres, asegura que fuera el año último de los Reyes, á no existir Brissot y